

Madame de Sévigné
CARTAS A LA HIJA

TRADUCCIÓN, SELECCIÓN Y NOTAS
DE LAURA FREIXAS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2022
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© de la traducción, Laura Freixas, 2022
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-41-5
DEPÓSITO LEGAL: CC-117-2022
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A MADAME DE GRIGNAN

París, lunes, 21 de febrero de 1689

Es verdad, mi querida hija, que estamos muy cruelmente separadas una de otra: *aco fa trembla* [*algo que me hace temblar*]. Estaría bueno que, además, hubiera yo añadido a esa distancia el camino desde aquí a Les Rochers o a Rennes. Pero eso no ocurrirá tan pronto: madame de Chaulnes quiere resolver varios asuntos pendientes, y sólo temo que se vaya demasiado tarde, dado mi propósito de regresar el invierno siguiente por varias razones, de las cuales la primera es que estoy convencida de que monsieur de Grignan estará obligado a volver por su caballería, y que para vos no habrá mejor ocasión que ésa para alejaros de vuestro castillo, que está manga por hombro [*estaba en obras*] y es inhabitable, y venir a hacer un poco la corte con el Caballero de la orden, que no lo será sino en ese momento [*Joseph-Adhémar de Grignan tomó el título de Caballero tras la muerte de su hermano Charles-Philippe*].

El otro día hice yo la corte en Saint-Cyr, con mayor deleite del que había imaginado. Fuimos el abad, madame de Coulanges, madame de Bagnols, el abad Têtu y yo. Vimos que nos habían guardado el sitio. Un oficial le dijo a madame de Coulanges que madame de Maintenon había mandado guardar un asiento junto al suyo: ya veis qué honor. «En cuanto a vos, madame –me dijo– podéis elegir.» Me puse con madame de Bagnols en el segundo banco detrás de las duquesas. El mariscal De Bellfonds vino a sentarse, por voluntad propia, a mi derecha, y delante estaban las señoras De Auvergne, De Coislin, De Sully. El mariscal y yo escuchamos esa tragedia con una atención que no pasó

desapercibida, y murmurando, en los momentos oportunos, ciertos elogios, que quizá no habrían podido salir de debajo de los peinados llenos de lazos de todas aquellas damas. No puedo decir hasta qué punto es deliciosa esa obra. No es fácil de representar y jamás será imitada: lo que tiene es una relación entre la música, los versos, los cantos y los personajes tan perfecta y completa que no deja nada que desear; las niñas que hacen de reyes y otros personajes parecen hechas expresamente para el papel; concita la atención del público y el único pesar es ver que una obra tan grata llegará a su fin. Todo en ella es sencillo, inocente, sublime y conmovedor. Su fidelidad a la historia sagrada impone respeto; todos los cantos se adaptan a las letras, que están sacadas de los Salmos o de la Sabiduría, e insertados así en la obra son de tal belleza que es imposible contener las lágrimas. La gente le da su beneplácito por el buen gusto de la obra y el modo en que capta la atención. A mí me hechizó, y también al mariscal, que se levantó de su sitio para ir a decir al rey lo muy contento que estaba y que se hallaba con una dama que era muy digna de haber visto *Esther*. El rey se acercó adonde estábamos y, volviéndose hacia mí, me dijo: «Madame, estoy seguro de que habéis quedado contenta». Yo, sin asombrarme respondí: «Su Alteza, me ha encantado; lo que siento está más allá de las palabras». El rey me dijo: «Racine tiene mucho talento». Yo le contesté: «Su Alteza, tiene mucho; pero en verdad lo mismo puede decirse de esas jovencitas: se meten en la piel de sus personajes como si nunca hubieran hecho otra cosa». Él me dijo: «Ah, eso, desde luego, es verdad». Y después Su Majestad se fue y me dejó a merced de la envidia; puesto que prácticamente yo era la única recién llegada, no le desagradó ver mi sincera admiración, sin ruido ni aspavientos. El príncipe y la princesa vinieron a decirme algunas palabras. Madame

de Maintenon pasó como un relámpago: se iba con el rey. Respondí a todo, pues estaba de suerte. Por la noche volvíamos con antorchas. Cené con madame de Coulanges, a quien el monarca también había hablado con una expresión de encontrarse a gusto que le prestaba una dulzura de lo más amable. Por la noche vi al Caballero y le conté con toda ingenuidad mis pequeñas alegrías, no queriendo andar con tapujos sin saber por qué, como lo hacen ciertas personas. Se fue contento, y ya está, ya se lo he contado. Estoy segura de que no ha encontrado en mí ni una necia vanidad ni un entusiasmo de burguesa [*es decir, no acostumbrada a tratar con la realeza*]: preguntádselo. Monsieur de Meaux [*otro título de Bossuet*] me habló mucho de vos; el príncipe, también. Sentí que no estuvierais presente. Pero ¿cómo habría podido ser, mi querida niña?, no se puede estar en todas partes. Estabais en vuestra ópera de Marsella; como *Atys* no sólo *es sumamente feliz* [*cita de la ópera homónima de Lully*], sino sumamente encantador, es imposible que os hayáis aburrido. Pauline se habrá quedado sorprendida ante el espectáculo: no tiene derecho a desear otro más perfecto. Guardo un recuerdo tan grato de Marsella que estoy segura de que no habéis podido aburrirlos, y apuesto a que allí encontraréis más distracción que en Aix. Pero ese mismo sábado, después de esa bella *Esther*, el rey se enteró de la muerte de la joven reina de España, en dos días, con grandes vómitos; me huele a chamusquina. [*María Luisa de Orleans, esposa de Carlos II, era hija de Monsieur, el hermano de Luis XIV. Madame de Sévigné insinúa que pudo haber sido envenenada.*] Su Majestad se lo dijo a Monsieur al día siguiente; es decir, ayer. Madame sufrió unos dolores atroces y se quejaba a voz en grito. El rey salió de sus aposentos llorando.

Llegan buenas noticias desde Inglaterra: no sólo el príncipe de Orange no ha sido elegido ni rey ni protector, sino que se le ha dado a entender que él y sus tropas no tienen más que volver por donde vinieron, lo cual nos ahorrará muchos quebraderos de cabeza. Si las cosas siguen así, nuestra Bretaña estará menos agitada, y mi hijo se evitará el disgusto de tener que acaudillar la nobleza del vizcondado de Rennes y de la baronía de Vitré: lo han elegido contra su voluntad para encabezarlos. Otro estaría encantado de semejante honor; para él, en cambio, ha sido una contrariedad, pues no le gusta esa manera de hacer la guerra.

Vuestro hijo fue a Versalles para divertirse aprovechando el fin de la Cuaresma; pero se ha encontrado con el dolor de la reina de España y habría regresado si no fuera que su tío va a ir a buscarlo. Qué carnaval tan triste y qué gran duelo. Ayer cenamos en casa del Civil [*Le Camus, lugarteniente civil*] la duquesa de Lude, madame de Coulanges, madame de Saint-Germain, el Caballero de Grignan, monsieur de Troyes, Corbinelli: lo pasamos muy bien; hablamos de vos con mucho cariño y estima, y lamentamos vuestra ausencia; en una palabra: un recuerdo muy vivo; ya vendréis para renovarlo. Madame de Dufort se muere de un hipo de una fiebre maligna; madame de La Viuville también, de viruela. Adiós, queridísima hija. De cuantos están al mando de las provincias, estad segura de que monsieur de Grignan es quien está mejor situado.

Nuevamente, es ésta una de las más célebres cartas de madame de Sévigné, por el pasaje en que cuenta la acalorada disputa, literaria y teológica, entre el poeta Boileau (aquí llamado Despréaux) y un jesuita a propósito de Las cartas provinciales, de Pascal.

Es éste un episodio de la llamada querrela de los Antiguos y los Modernos, tan viva a finales del XVII y principios del XVIII, que marca la frontera entre el antiguo humanismo y el naciente Siglo de las Luces. Precisamente Boileau (1636-1711), junto con Racine, La Fontaine, La Bruyère y algunos otros, fue el principal defensor de la superioridad de las obras griegas y latinas sobre las contemporáneas, y del deber, por lo tanto, de los nuevos autores de imitar a los antiguos. Pero, como veremos, hay un autor moderno al que Boileau admira por encima de todos, Blaise Pascal (1623-1662), no por su obra hoy más conocida, los Pensamientos (obra, de hecho, incompleta y póstuma), sino por Las cartas provinciales, en las que ataca el laxismo moral de los jesuitas.

A MADAME DE GRIGNAN

En Les Rochers, este domingo, 15 de enero de 1690

Tenéis razón, no puedo acostumbrarme a este año; sin embargo, bien empezado que está. Ya veréis que, sea cual sea la manera en que lo pasemos, habrá pasado pronto, como vos decís, y pronto encontraremos nuestros mil francos.

Realmente, cuánto me mimáis, y mis amigas de París también: en cuanto el sol se alza un poco, aunque sea como el salto de una pulga [*alusión al proverbio: À la Sainte-Luce, les jours croissent d'un saut de puce. Por Santa Lucía –13 de diciembre–, los días aumentan un salto de pulga*], vos me preguntáis cuándo podéis esperarme en Grignan, y ellas me piden que vaya fijando ya la fecha de mi partida para alegrarse por adelantado. Me halagan esas prisas, sobre todo las vuestras, sin comparación. Con sinceridad os diré, pues, mi

querida condesa, que de aquí al mes de septiembre no puedo ni pensar en abandonar esta región, pues necesito tiempo para enviar a París algún dinero, del que no he mandado hasta ahora sino una pequeñísima parte. Necesito tiempo para que el abad Charrier trate de mis laudemios y ventas, que es un asunto de diez mil francos. Hablaremos de eso en otra ocasión: de momento, contentémonos con abandonar cualquier esperanza de dar un paso antes del mes que os he dicho. Por lo demás, querida hija, ya no os diré que sois mi meta, mi perspectiva –lo sabéis de sobra–, y que ocupáis en mi corazón un lugar tal que mucho me temo que monsieur Nicole [*el moralista*] encontraría mucho que enmendar en ello. Pero, en fin, tal es mi disposición.

Me decís la cosa más tierna del mundo cuando expresáis vuestro deseo de no ver el final de los felices años que me deseáis. Estamos muy lejos de coincidir en nuestros anhelos, pues os he escrito una verdad que es muy cierta y que no está fuera de lugar, verdad que Dios sin duda querrá cumplir y que consiste en seguir el orden natural de la Santa Providencia. Eso es lo que me consuela del laborioso camino de la vejez; y ese sentimiento es razonable, y el vuestro, asaz extraordinario y amable.

Os compadeceré cuando os quedéis sin monsieur de La Garde y el Caballero. Son una perfecta compañía; pero sus razones tienen para marcharse, y la de hacer resucitar una pensión para un hombre que no ha muerto me parece de lo más importante. Tendréis a vuestro hijo, que desempeñará un relevantísimo papel en Grignan. Seguro que será bien recibido ahí, por muchos motivos, y vos lo abrazaréis de todo corazón. Me ha vuelto a escribir; una bonita carta en la que me desea un feliz año y me pide que lo quiera siempre. Se me antoja que en Keisersloutre está desolado; dice que nada le impide ir a París, pero que espera órdenes

de Provenza, que ése es el resorte que lo mueve. Encuentro que lo hacéis languidecer: su carta es del 2; le creía en París; haced pues que vaya a París y que, tras una pequeña aparición [*en la corte*], corra a abrazaros. Creo que ese hombrecito está en condiciones de que, si le encontráis un buen partido, Su Majestad le conceda fácilmente la supervivencia de vuestro hermoso cargo. Os parece que su carácter y el de Pauline no se parecen en absoluto. Sin embargo, es necesario que ciertas cualidades del corazón estén en ambos. En cuanto al humor, ya es harina de otro costal. Estoy muy contenta de que sus sentimientos se correspondan con vuestros deseos; a mí me gustaría que tuviera un poco más de inclinación por las ciencias o por la lectura. Quizá más adelante.

En cuanto a Pauline, esa devoradora de libros, prefiero que los lea malos a que no le guste la lectura: las novelas, las comedias, los de Voiture [*1597-1648, poeta galante, humorista y epistológrafo que gozó de inmensa popularidad en la época*], los de Sarrasin [*1614-1654, poeta neoclásico, autor de celebradas obritas teatrales en verso*], todo eso pronto se agota. ¿Ha intentado leer a Luciano?, ¿sabría apreciar las *Petites Lettres* [*las Cartas provinciales, de Pascal*]? Después, necesita leer historia; si hay que taponarle la nariz para que se la trague, la compadezco. En cuanto a los hermosos libros de devoción, si no le gustan, peor para ella, pues sabemos que, incluso sin devoción, se los puede encontrar encantadores. En cuanto a los que versan sobre moral, comoquiera que no les daría tan buen uso como vos, no querría yo que metiera su naricilla ni en Montaigne, ni en Charan [*1541-1603, moralista*], ni en los otros autores de ese género: es muy pronto para eso. La verdadera moral de su edad es la que se aprende en las conversaciones edificantes, en las fábulas, en la historia, a través de los ejemplos: creo

que eso basta. Seguramente lo más útil sería que le concedierais algo de tiempo y conversarais con ella. No sé si merece la pena que leáis todo lo que digo: estoy muy lejos de explicarme bien.

Me preguntáis si sigo siendo una beata que no vale gran cosa: sí, justamente, querida hija, eso es lo que soy, y nada más, lamentándolo mucho. Lo único bueno que tengo es que conozco bien mi religión y sé de qué se trata. No tomaré lo falso por verdadero; sé lo que es bueno y lo que no tiene de bueno más que la apariencia. Espero no equivocarme y que Dios, que ya me ha dado buenos sentimientos, siga dándomelos: en cierto modo, las gracias que me ha concedido hasta ahora me garantizan las venideras, de suerte que vivo confiada, pero es la mía una confianza mezclada con mucho temor. Aun así, os riño, mi querida condesa, por encontrar a nuestro Corbinelli *místico del diablo*; vuestro hermano se desternilla de risa; yo lo riño como vos. ¿Cómo que *místico del diablo*? ¡Un hombre que no sueña sino con destruir su imperio!, ¡que no frecuenta sino a enemigos del diablo, es decir a los santos y las santas de la Iglesia! ¡Un hombre que no toma para nada en cuenta su miserable cuerpo!, ¡que soporta la pobreza *crístianamente* (vos diréis *filosóficamente*)!, ¡que no deja de celebrar las perfecciones de la existencia de Dios!, ¡que no juzga jamás a su prójimo, sino que lo disculpa siempre!, ¡que se pasa la vida dedicado a la caridad y al servicio del prójimo!, ¡que no busca las delicias ni los placeres!, ¡que está enteramente sometido a la voluntad de Dios! ¡Y a eso lo llamáis *místico del diablo*! No podéis negar que no es ése el retrato de nuestro pobre amigo. Sin embargo, hay en ese mote un aire de broma que hace reír al principio, y que podría sorprender a los simples. Pero yo me resisto, como veis, y defiendo al fiel admirador de santa Teresa, de mi abuela [*Santa Jeanne*

de Chantal, fundadora de la orden de la Visitación] y del bienaventurado Juan de la Cruz.

A propósito de Corbinelli, me escribió el otro día una cartita preciosa; me contaba una conversación y una cena en casa de monsieur de Lamoignon: los actores eran los dueños de la casa, monsieur de Troyes, el obispo de Toulon, el padre Bourdaloue [*predicador de la corte, jesuita*], su compañero [*los jesuitas sólo podían salir de dos en dos*], Despréaux [*Boileau*] y Corbinelli. Se habló de las obras de los antiguos y de los modernos. Despréaux defendió a los primeros, con excepción de un único moderno, que superaba para su gusto tanto a los viejos como a los nuevos. El amigo de Bourdaloue, que se las daba de entendido y participaba en la conversación de Despréaux y Corbinelli, le preguntó cuál era, pues, ese libro tan distinguido en su espíritu. Él no quiso nombrarlo, y Corbinelli le dijo: «Monsieur, os suplico que me lo digáis para pasarme la noche leyéndolo». Despréaux le respondió riendo: «¡Ah, monsieur, lo habéis leído más de una vez, estoy seguro!». El jesuita insiste con gesto desdenoso, con *cotal riso amaro* [*una risa amarga*], apremiando a Despréaux a que nombre a ese autor tan maravilloso. Despréaux le dice: «Padre, no me atosigue». El padre continúa. Al fin Despréaux le toma por el brazo y, apretándolo fuertemente, le dice: «Padre, puesto que queréis saberlo, pues bien, ¡es Pascal, diantre!». «Pascal –dice el Padre, sonrojadísimo, asombradísimo–, Pascal es tan bueno como puede serlo la mentira.» «¡La mentira –dice Despréaux–, la mentira!, sabed que es tan verdadero como inimitable: acababan de traducirlo a tres lenguas.» El Padre responde: «No por eso es más verdadero». Despréaux pierde los estribos y grita como un energúmeno: «¿Cómo? Padre, ¿diréis que no es cierto que uno de los vuestros ha escrito en uno de sus libros que un cristiano no está obligado a amar a Dios?,

¿os atreveréis a decir que es falso?». «Monsieur –dice el Padre furioso–, hay que distinguir.» «¡Distinguir, distinguir, diantre!, ¡distinguir, distinguir si estamos obligados a amar a Dios!», dice Despréaux, y, tomando a Corbinelli por el brazo, huye al extremo del cuarto. Al volver, corriendo como un loco, no quiso en ningún momento acercarse al Padre y se unió a los demás, que habían permanecido en el comedor. Aquí termina la historia: cae el telón. Corbinelli me promete contarme el resto cuando nos veamos. Pero yo, que estoy convencida de que encontraréis esta escena tan cómica como yo la he encontrado, os escribo y creo que, si la leéis en voz alta, os parecerá muy buena.

Hija, he de reprenderos por estar un solo instante preocupada por mí cuando no recibís cartas mías: olvidáis cómo las gasta el correo; hay que acostumbrarse, y, si estuviera enferma, que no lo estoy en absoluto, no por eso dejaría de escribir os algunas líneas, o lo haría mi hijo o quien fuera. En fin, que tendríais noticias mías, pero no hay que pensar en ello.

Me dicen que varias duquesas y grandes damas están rabiosas porque no las han invitado, aunque estaban en Versalles, a la cena de la noche de Reyes. Pobrecitas; eso es lo que se llama pasar penalidades. He enviado la cartita de Bigorre a Guébriac, que os da mil gracias. Está muy satisfecho de vuestra *corte de amor*. Admiro mucho a Pauline por saber jugar al ajedrez: si ella supiera hasta qué punto ese juego está por encima de mis entendederas, temería su desdén. Claro que me acuerdo, ay, nunca olvidaré ese viaje [*a la corte, cuando madre e hija fueron invitadas a la mesa de Luis XIV con ocasión de las fiestas de Versalles*]. Pero ¿es posible que hayan pasado veintiún años? No lo comprendo, me parece que fue el año pasado. Sin embargo, juzgo, por lo poco que me ha durado ese tiempo, lo que me parecerán los años que aún vendrán.